MEMORIA

DEL

Sr. D. Juan Fernández Ferraz,

SOBRE LENGUAS DE LOS ABORÍGENES DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA É INFLUENCIA QUE HAN EJERCIDO EN LA QUE HOY SE HABLA EN LAS NACIONES HISPANO-AMERICANAS.

Señores:

El tema que me he propuesto desarrollar es, de los contenidos en el programa de este Congreso, el más arduo acaso, y sobre todo para mí, el más delicado y espinoso, no solamente por mis escasas capacidades para tan alto asunto, sino porque el reglamento sólo concede tiempo limitadísimo para ello, y en esto está lo más grave de la dificultad; pues si hubieran de enumerarse todas las lenguas americanas del tiempo de la conquista con sus dialectos todos, no cabría el trabajo en un regular volumen, y si quisiera yo dar cuenta de la recíproca compenetración entre el castellano de los conquistadores y los indígenas idiomas, ó si quier sea de las trazas de éstos en el habla vulgar de todos los pueblos de Hispano-América, habría de intentar obra que por mucho tiempo estará sin realizarse todavía, y que tendrá, además, según entiendo, que ser el producto de muchos ingenios.

Sucede entre nosotros, señores (permitidme que con franqueza lo declare), que se tiene, por lo común, tan errada idea de lo que las lenguas indígenas en América son, que la misma doctísima Corporación encargada de limpiar, fijar y dar esplendor al idioma de Castilla, conténtase á veces con decirnos, acerca de la etimología de voces corrientes americanas, que como provincialismos va aceptando en su léxico (con poco discernido acuerdo todavía, pero con sana y útil tendencia ciertamente), que derivan del mejicano (cuando las lenguas de la que fué Nueva España se cuentan por centenares), ó que tal palabra es haitiana ó de Cuba, y á veces simplemente caribe ó quichua, ¡y esto cuando no afirma lastimosamente, por ejemplo, que la dicción zacalí (çacatl=yerba ó paja en Nahuatl) es oriunda de Filipinas!

Las islas y continente de América que conquistaron y poblaron nuestros heroicos marinos, soldados, comerciantes, sacerdotes y aventureros en los

CLHI. Juan Fernández Ferraz (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

siglos XV y XVI, contaban sus lenguas por millares, hallándose entre todas en verdad, por lo que hasta ahora se sabe, y según observó el sabio Humboldt antes que otro alguno, un carácter general y distintivo de aglutinación, rasgo lingüístico que Du Ponceau llamó polisintético, y que me parecería también claramente designado como del grupo-tipo de interpolación.

Incluyendo aún las que puede decirse que estaban en el período rudimentario en las pobres é incultísimas regiones del Norte, que hoy son la América inglesa y la mayor parte de los Estados de la Unión Norte-americana hasta tocar á Méjico por Sonora y Tejas, en el Denné, verbigracia, en el Esquimal, Chipehuayo, etc., se halla en todas, á través del Continente y hasta el cabo de Hornos, el mismo carácter interpolar y aglutinante.

Pero si, como dije al principio, este trabajo de clasificación y hasta la simple enunciación de la nomenclatura lingüística americana, llenaría un gran libro por sí sola, y para quien de ello quiera informarse, recomiendo aquí la excelente obra de mi sabio amigo y eminente filólogo y etnógrafo norte-americano Dr. D. Daniel E. Brinton, de Filadelfia, *The American Rau,* no es imposible reducir á muy corto número con relación á la segunda parte del tema que trato (única que creo realizable en una corta Memoria), los troncos lingüísticos de aquellos idiomas y dialectos americanos que más permanentes huellas han dejado en el habla corriente de los hispano-americanos, y aun (nótese bien) en nuestro español vulgar de la Península é islas adyacentes, y por ende en el de todas nuestras posesiones no americanas.

Así vienen á quedar convertidos aquellos idiomas principalmente en el azteca, el tarasco y el maya ó yucateca, por lo que hace á la gran corriente que se estableció en el proceso de la conquista y colonización, desde lo que fué Nueva España y hoy constituye los Estados Unidos Mejicanos, sin dejar también de tener en cuenta las emigraciones precolombinas de esos pueblos, de los méxica sobre todo, hacia el resto del Continente y hacia las islas, desde las llanuras de Anahuac, asiento principal y enorme teatro de la civilización tolteca; vienen, en segundo término, en el sentido influencial de que trato, las ramificaciones maya-quiché y cacchiquel, el caribe, el haitiano y taíno, el cuna y el chibcha, para toda la América Central, Colombia y las Antillas, y, por último, el quichua, el aimara y el dulce guaraní, para todo el Sur propiamente dicho, dejando el rudo araucano y otros informes dialectos que poco ó nada dieron al habla de los conquistadores y que por sí forman como nudos y troncos aparte.

¿Y no es cosa triste realmente que nuestra Academia de la Lengua, fuera de la referencia que antes hice, nos quiera hacer pensar que una de tantas designaciones como damos en español al poco decente animal (que pintan á los pies de San Antonio), á cuyo inmundo cuerpo solía mandar el Mesías los espíritus de los endemoniados, y de quienes se dice que Sixto V fué pastor

CLHI. Juan Fernández Ferraz (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

antes de serlo de la Cristiandad, es voz derivada del *teutónico* cugh, y que saque la voz hule (en nahuatl ùlli ó ullin) del alemán *hülle?*...

Tanto nos importa, señores, el estudio comparativo de las lenguas americanas, que pienso que sin él habremos de seguir creyendo con la docta Corporación á que ya por dos veces me he referido, que *jícara* (en azteca *xícalli)* viene del árabe *cícada,* con lo que resultaría que el chocolate nos lo trajeron los moros y no los americanos.

Pero abandonando aún, pues el asunto, repito, que resultaría enorme para mis pobres fuerzas, todo empeño de llenar el tema décimoquinto del programa, he de contraerme á la influencia del claro y sonoro nahuatl (asunto de mi obrita *Nahuatlismos de Costa Rica)* en el castellano vulgar de Hispano-América, y para ello he de proceder metódica y ordenadamente, aun á riesgo de parecer pesado.

«Bien entendido, digo en la introducción de mi citada obra, que al tratar de palabras mejicanas me refiero solamente á las nahuas ó aztecas, y hecha esta aclaración, conviene saber cuál era la extensión lingüística de esa raza.

»Según el profesor D. G. Brinton, el grupo central de lenguas americanas, comprende:

1.—Tribus uto-aztecas.
2.—Otomíes.
3.—Tarascos.
4.—Totonacos.
5.—Zapotecas y mixtecas.
6.—Zoques y mixes.
7.—Chinantecas.
8.—Chapanecas y mangues.
9.—Chontales y popolucas, tequistlatecas y matagalpas.
10.—Mayas; y
11.—Huaves, subtiabas, lencas, xincas, xicaques, caribes, mosquitos, ulúas, ramas, payas y guatusos.

»De la primera familia, uto-azteca, se desprenden las tres subfamilias siguientes:

a) Ute ó shoshona.
b) Sonora; y
c) Nahuatl.

»Esta última *rama* se subdivide en:

I.—Alahuilac ó río Motagua, de Guatemala.
II.—Azteca, del valle de Méjico.
III.—Cuitlateca, Sur y Oeste de Michoacán.
IV.—Meztitlateca, sierra de Meztitlán.
V.—Nicarao, entre el lago de Nicaragua y el Océano Pacífico.
VI.—Pipil, Soconusco y Guatemala.

CLHI. Juan Fernández Ferraz (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

VII.—Segua, Chiriquí y Costa Rica.
VIII.—Tezcuca, valle de Méjico.
IX.—Tlascala, al Este del mismo; y
X.—Tlascalteca, en el Salvador.»

Ahora bien; en mi opinión, y ésta puede fácilmente comprobarse, el idioma de Anahuac, llevado por los méxica, ya en son de conquista, ya de comercio, ya de simples relaciones políticas y diplomáticas, si se permite la palabra, de paz y de alianza, dejó huellas en los reinos vecinos á Tezcuco y Chalco, y hacia el Oriente en el subyugado imperio yucateca y en los reinos más distantes y más débiles de Centro y acaso Sur América, en tiempos precolombinos, y luego con los conquistadores, como idioma culto, clarísimo, sonoro y muy expresivo, hubo de servir de medio de interpretación en la conquista hasta llegar á los últimos confines australes del Continente inmenso, cuyo descubrimiento estamos hoy celebrando, después de cuatro siglos, para honra del genio sobrehumano de Cristóbal Colón y gloria inmarcesible de la heroica España.

Conquistadores y conquistados, españoles y mejicanos, así como fundieron, con buen acuerdo, sus razas en una, libre y progresiva, con la hidalguía castellana y el amor á la libertad, á quien se alzan altares en las gigantescas cumbres de los Andes, entre las selvas cien veces seculares del Nuevo Mundo, entrelazaron también sus lenguajes para afianzar más firmemente el lazo de la conquista, y tomáronse cada cual el uno al otro, de sus vocabularios como de sus costumbres, lo más recíprocamente adaptable á las necesidades de la población compuesta que habían de extender gloriosamente sobre la América entera.

Que allí, como acá, el Cid Campeador pudo al conquistador español decir:

«Delante de mi caballo
se va ensanchando Castilla.»

Y la lengua, como el dominio (que el imperio de las ideas dominio es también y dominio permanente), fué enriqueciéndose, roto el clásico *non plus ultra* horaciano «si græco fonte cadant parcè detorta», pues al habla española acomodóse el azteca con maravillosa facilidad, como el castellano al nahuatl.

La voz aplicada al objeto desconocido para el azteca se incorporó íntegra, ó entró en composición con otras mejicanas, y aun adquirió los cambios flexivos y accidentales necesarios.

Entre aquellas primeras pueden citarse *cruz*, *bautismo*, *sacramento*, etcétera, que entraron crudas en la lengua azteca, y para ilustración de las últimas, se ve, por ejemplo, *ángel*, á que dieron sus formas de plural *angelome* y *angelotín;* pero para que se vea la incorporación de la voz castellana en la

CLHI. Juan Fernández Ferraz (MEMORIAS. Sección primera. Filología).
Centro Virtual Cervantes

gramática nahua, voy, á riesgo de seros molesto, á apurar la palabra caballo, el nombre de aquel generoso bruto que en tanto ayudó á la conquista, donde la imaginación vivísima de los indios vió algo así como el centauro de la fábula griega.

Prefijando esa dicción, dijeron:

Cavallo caccopina = quitar las herraduras al caballo.
— *cacti* = herrador.
— *cactia* = herrar.
— *cactlaça* = descalzar el caballo.
— *calli* = caballeriza.
— *calquetza* = construir un establo.
— *cuitlapilli* = cola de caballo.
— *cuitla piltzontli* = crines de los mismos.
— *icpalana* = desensillar,—formado de *cavallo icpalli* = silla de montar.
— *ilpilloyan* = lugar para amarrar el caballo, bramadero ó poste.
— *mailpia* = trabarlo ó maniatarlo.
— *mecamalinqui* = cabestrero,—de *cavallo mecatl* = cabestro ó ronzal.
— *netlatlaloliztli* = carrera de caballos.
— *pati* ó *patiani* = veterinario.
— *patiliztli* = ese arte ó ciencia.
— *pepechtlaçaliztli* y *cavallo pepechtomaliztli* = desalbardar.
— *pixqui* = escudero.
— *quaitl* = argolla ó poste.
— *quetzontli* = crín ó cerneja.
— *temmecayotl* = riendas, brida.
— *temmecatl* = jáquima.
— *tenilpia* = ponerle freno.
— *tepiton* = haca, jaco, caballejo.
— *tepuztlatlatquitl* = herradura.
— *tequetzaltiani* = el que echa el garañón á las yeguas.
— *tlacuitia* = ponerlo con ellas.
— *tlamamalpepechanaliztli* = la acción de desalbardar un caballo,

y así sucesivamente; pues veo que es para el auditorio demasiada caterva ésta de bárbaros sonidos.

La última voz da ejemplo de la síntesis ideal del nahuatl, donde llega á construirse una oración entera en una sola dicción.

He aquí una formada de 16 radicales y que es un precioso verso azteca:

«Ayauhcoçamalotonameyotimani.»

la cual significa:

CLHI. Juan Fernández Ferraz (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

«¡Está resplandeciendo como arco iris!»

Pues bien, señores; para venir al punto de la influencia del azteca ó nahuatl, en el habla vulgar de los hispano-americanos, bastará registrar, como digo en mi citado libro (al cual me refiero sólo por necesidad), las cartas y relaciones que hacían de sus viajes y descubrimientos los conquistadores.

Citaré algunos trozos tomados al paso de la «Relación hecha por el licenciado Palacio al Rey D. Felipé II, en la que describe la provincia de Guatemala, las costumbres de los indios y otras cosas notables» (Col. de Muñoz, tomo XXXIX): «Quitábanle, dice, al tal marido el *maxtli* ó pañetes»... «hacían grandes *mitotes* y pistas»... «y traían á los que habían de sacrificar con muchas plumas y *chalchivites*»... y ellos solos podrán dar idea de la influencia del azteca en el español, ya que Palacio escribía desde una tierra donde la lengua corriente era el quichua y no el nahuatl, y la palabra *maxtli* podía ser bien sustituída por bragas, *mitote* por baile y *chalchivites* por gomas ó piedras preciosas. Cansado sería por demás que yo pretendiera pasar en revista las mil voces que los conquistadores y cronistas aceptaron del mejicano, y, para mejor examen del punto, bastaráme remitir al curioso el famoso libro de historia de Guatemala ó *Recordación Florida*, de Fuentes y Guzmán, cuya edición, anotada por el inteligente americanista D. Justo Zaragoza, es tan valiosa y conocida.

Lo primero que hay que observar en este punto de la influencia del azteca en otros idiomas americanos y en el castellano de Hispano-América después, es que los méxica, *nahuatlatos* ó intérpretes de los españoles, acostumbraron verter á su lengua los nombres geográficos, y así, por ejemplo, cuando llegaron al famoso reino de *Quiché* (voz que quiere decir *muchos árboles* ó arboleda espesa), ellos le designaron traduciendo de aquel dialecto maya al nahuatl por el término *utlatan*, que significa lo mismo, y al *cachiquel* designaron con el de *quanhtemallan*, que idénticamente significa «pila de árboles podridos», y que los conquistadores corrompieron en Guatimala, hoy Guatemala.

Esta última modificación fonética nos conduce á los cambios que tales nombres geográficos han sufrido al pasar al español, donde vemos que de *Tlacopan*, se hizo Tacuba; de *Aculman*, Oculma; de *Otompan*, Otumba; de *Huexotla*, Guajuta; de *Tepeyacac*, Tepeaca; de *Huitzilopochco*, Churubusco; de *Cuetlachtlan*, Cotasta; de *Tlaximaloyan*, Tajimaroa; de *Quauhnahuac*, Cuernabaca; de *Tecalco*, Tecale; de *Almilitzapan*, Orizaba; de *Xoconochco*, Soconusco, *et sic de cæteris*.

Mas no sólo en los nombres geográficos, sino en las voces que significan objetos comunes, sucedió, como es natural, esta degeneración y corruptela del nahuatl, según puede verse en el *cach*, de Méjico, y *caiti*, de Centro América, por *cactli*, que significa sandalias ó alpargatas, y que los conquistadores llamaron también gutaras, cutaras ó cutarras; en *claco*, por tlacotl,

CLHI. Juan Fernández Ferraz (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

especie de vuelta, adchala, pilón, contra, ipegüe, alipego, ñapa y yapa, que por todos estos términos se conoce una pequeña señal hecha de hoja de lata, de cuero, de cáscara de coco ó de caña, que daban los *pulperos* (como quien aquí dijera especieros) á sus parroquianos, para al cabo de cierto tiempo cambiárselas por dinero ó especies; en *contle*, que equivale en el comercio 400 manos de cacao, ó sean 2.000 granos del sabroso theobroma, voz que aparece tal por error ortográfico de la ç, pues fué originariamente çontli ó tzontli, rectamente cabellera y numeral 400 en la complicada y científica aritmética azteca.

Y esas desviaciones de la recta pronunciación no fueron sólo del vulgo, en quien es natural ley que el lenguaje se corrompa y bastardee; halas inadvertidamente producido gente tan sabia como la de nuestra ilustre Academia de la Lengua, á quien siento tener otra vez que contrariar, la cual dice que cidracayolí (errando en la transcripción de la primera parte del compuesto) está formada de *cidra* y *chaioli*. ¡Qué horror! En algunas partes de América, Méjico y Guatemala, por ejemplo, se llama esa encurbitana (encurbita citrallus) chilacayoti, y esta dicción no es más que la nahua *tzilacayotli*, formada de *tzilacatl* (síntesis de *tzilini* = sonar como metal + *acatl* = caña, probablemente por el uso que de sus tubos pedunculares y de la cáscara seca de su fruto se hacía para pitos y atabales), y *ayotli*, que quiere decir calabaza, y eso es la calabaza boba de Andalucía, y el *chiverri* ó *chiverre* de Costa Rica. Y cuenta que aunque en el nombre técnico citrallus está la cidra de la Academia, jamás la segunda parte de la dicción tendrá relación alguna con el *chayolí*, sino con el ayolí ó calabaza.

Por el texto de mi vocabulario *Nahuatlismos de Costa Rica*, podrá verse el número considerable de voces aztecas que en el habla corriente de los costarricenses se emplean, y entre ellas hay muchas como *alaste*, *atole*, *atoyar*, *baquiano*, *cacalote*, *camahua*, *camanance*, *camote*, *cecengue*, *cele*, *colocho*, *cozpol*, *cucucho*, *cuecha*, *cuilmas*, *chilate*, *chimarse*, *chuica*, *huaca*, *huacal*, *joco*, *juche* (en el sentido despectivo, ya que la correspondiente castellana nos suena tan mal) y unas cincuenta más, que bien merecieran un puesto en nuestro léxico vulgar.

Tienen estas voces aztecas la especialidad de describir la cosa que nombran, de tal suerte, que al conocedor de la lengua le es dado con el signo la significación completa y el concepto claro de la cosa significada.

Entre esas preciosas palabras hay una que me parece admirable por lo sonora, onomatopéica y significativa, es á saber: el adjetivo *tilinte* ó *tilinque*, pues de ambos modos se dice, que es el verbal *tilinqui*, de *tilini* = estrecharse, de donde *tilinis* = esforzarse, dar de sí, estirarse (con relación á una cuerda) ó bien el adjetivo *tilictic*, que viene á significar lo mismo y además regordido y tirante (respecto de una tela) y seco y duro, como la cáscara de cierta fruta ó el parche de un tambor. Esa voz se aplica al arco

CLHI. Juan Fernández Ferraz (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

tendido de la flecha y á su cuerda en disposición para disparar el dardo, y por extensión á cualquier cosa tirante, templada como un resorte; á la piel bien tensa, al carácter inflexible y á la persona que momentáneamente se pone *tilinte*, es decir, reventando de ira ó de vanidad.

Así hay otras muchas voces recomendables, de que no he de tratar aquí porque el tiempo reglamentario apremia.

Y para terminar, debo decir que, si en el sentido lexicográfico influyó esta lengua azteca como otras americanas en el habla castellana de Hispáno-América, no así ha pasado en el sentido gramatical sintáxico, pues aunque alguna de las gramáticas de aquellos idiomas, como la mejicana, por ejemplo, estaba ya formada y nuestros altísimos progresos lingüísticos, la nuestra del siglo XV, bien arraigada en la latina, no les cedió á los conquistados en ese punto, que yo sepa, ni un ápice de su genio y modo particular de ser, flexivo al fin, y, por tanto, más perfecto que el de todos aquellos idiomas.

Señores: nosotros que poseemos en nuestros archivos y bibliotecas los materiales lingüísticos más ricos acerca de América, despertemos ya, y no dejemos que franceses, ingleses y alemanes sean los que, mientras dormimos, registren y exploten esa rica mina del Americanismo.

Fundemos, bajo el amparo de quien corresponda, un *Revista Internacional Americanista*, donde se dé á luz tanto tesoro que yace oscurecido entre el polvo de nuestros seculares depósitos de cosas de América, y labremos así una espléndida corona científica al genio que descubrió y á la nación que pobló y civilizó aquel Nuevo Mundo, entre cuyas arruinadas civilizaciones tiene la ciencia de este siglo tanto que descubrir.

Mis conclusiones serán, pues, éstas:

1.ª Que se perfeccione y aquilate el catálogo de las lenguas americanas.

2.ª Que no en el cuerpo de nuestro léxico castellano, sino en otros tantos apéndices, se comprendan *todas* las voces de extracción americana corrientes en Hispano-América; y

3.ª Que se inicie, con apoyo del Congreso de Americanistas, la publicación de manuscritos inéditos y colección de lo mejor ya publicado, y que, bajo los mismos auspicios, se funde una *Revista Internacional Americanista*.

He dicho.

JUAN FERNÁNDEZ FERRAZ

Madrid, 30 de Octubre de 1892.

CLHI. Juan Fernández Ferraz (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes